Un documento sobre la llamada a la santidad en el mundo contemporáneo, como éste que acaba de publicar el Papa Francisco, puede ser entendido erróneamente como un mensaje destinado a un público restringido y que tendrá poco o nada que decir a la generalidad de las mujeres y de los hombres de hoy . El propio Papa tiene conciencia de esta ambigüedad y de ahí la necesidad que siente de deshacer estereotipos que se han ido estableciendo en el tiempo y que colocan la santidad como un estado de vida singular, tan a la parte y extraordinario que sólo puede ser admirado, pero no accedido por las nuestras existencias comunes. Francisco, por el contrario, viene a hablar a sus contemporáneos de aquella corriente de vida y de amor que "permanece invisible", de aquellos gestos que amparan y rehabilitan la vida, pero "sobre los cuales nada se dice en los libros de historia", de esa incapacidad de resignarse "con una vida mediocre, superficial e indecisa" que genera frutos auténticos, que consolida redes creativas de relación, que se convierte en don para los demás y que, sin embargo, no llegará a ser noticia. Es de una santidad así, encarnada en el mundo, de una santidad de traer por casa (en el mejor de los sentidos), de una santidad la mayor parte de las veces no identificada como tal, sino vivida en lo concreto, con sus riesgos, desafíos y fragilidades que el Papa eligió hablarnos. ¿Qué es lo que hacen los santos? Se expresan de las formas existenciales más diversas, sus vidas tal vez no sean perfectas en todo, pero en medio de imperfecciones y caídas no desisten de caminar y de estimular a los demás hacia la gran y humilde meta que es ser. Pueden ser nuestra madre, nuestra abuela, el profesor, el empleado de comercio, el conocido / desconocido de la puerta al lado. Pueden ser los padres que crean a los hijos con cotidiano e infatigable amor; los hombres y las mujeres que trabajan con sacrificio a fin de traer el pan a casa; los enfermos y ancianos que en medio de las dificultades continúan sonriendo. Pueden ser esos anónimos con quienes nos cruzamos y que, por un gesto, una palabra o apenas una mirada, constituyen para nosotros un reflejo de la presencia de Dios.

 Hay una curiosa cita literaria en su tercera exhortación apostólica que el Papa Francisco tituló "Gaudete et Exsultate". Y, al escribir el título de este nuevo texto es imposible no notar cómo Francisco escoge el tema de la alegría para trazar mayor del programa de su pontificado. Se recuerda que la primera exhortación se llamaba "Evangelii Gaudium" (2013) y la segunda "Amoris Laetitia" (2016). Con la exhortación que nos llega ahora, representan un tríptico profético capaz de sacudir y aprovechar la vivencia del catolicismo contemporáneo e incluso de hablar más allá de la cerca eclesial. Pero vamos a la cita literaria. Se trata de la expresión "la clase media de la santidad", acuñada por uno de los escritores más fascinantes e inclasificables del catolicismo del siglo XX: el francés Joseph-Marie Malègue (1876-1940). En la novela "Pierres noires: las clases moyennes du salut" (en realidad, el segundo tomo de una trilogía dejada inacabada, pero que supera las 900 páginas), Malègue hace una lectura peculiar de la descristianización de las sociedades, explicándola como el paso de un régimen estático y confiado al conformismo de las élites de los notables, para una época dinámica, marcada por grandes rupturas, donde la multitud de los simples acepta la responsabilidad de ser la sal de la tierra, viviendo el amor de Dios y del prójimo. Para Malègue las clases medias están formadas por aquellos que escapan a la mediocridad espiritual de su tiempo, profundizando en una existencia discreta y no pretensiosa lo que es la vida, de dónde viene y hacia dónde va.

 **Pe. José Tolentino Mendonça**